

un libro abierto, teniendo además á sus pies un cesto con asa, lleno de volúmenes. En la misma catacumba se representa al Salvador imberbe y sentado, con mirada apacible y dulce, enseñando á seis de sus apóstoles que le escuchan atentamente (1). Es Jesucristo que dice: «Aprended de mí».

Pero los monumentos que más nos deben llamar la atención, por referirse directamente al oficio de perfecto modelo que ejerce Jesucristo Sacramentado, son los del *Buen Pastor*, figura perfecta del Salvador en el Sacramento. No hay representación antigua de Jesucristo tan general y variada como la del Buen Pastor, sin duda para hacernos familiar á Jesús y agradables su dulce carácter y santa doctrina. El artista cristiano, al pintar ó esculpir al Buen Pastor en la forma que nos lo revelan muchos frescos de las catacumbas, y lámparas de arcilla, y vasos dorados y anillos, quiso ciertamente darnos á conocer al Salvador en su adorable Misterio de los altares. Unas veces está sentado con el báculo en la mano, entre dos ovejuelas; otras de pie, llevando sobre sus hombros la oveja perdida; y otras, apoyado sobre el cayado, rodeado de muchas ovejas á las cuales mira con solicitud. Mas el tipo general del Buen Pastor eucarístico es un joven bello, imberbe, de cabellos cortos y vista agradable. Lleva túnica corta y ceñida al rededor de la cintura, cubierta á veces con pequeño manto. Desnuda su cabeza, está coronada á veces con el monograma de Cristo. Sus brazos estrechan contra el pecho una ovejita, yendo asimismo armados del bastón pastoril, del vaso de leche y de la flauta de siete tubos. ¡Qué simbolismo tan perfecto de Jesucristo Sacramentado! Él es una bella homilía de los divinos oficios que el Salvador desempeña en la Eucaristía, y de las excelsas virtudes que nos propone imitar. Detengámonos unos instantes para hacer justicia á Jesucristo en el Sacramento, ya que nosotros deberemos modelar en Él nuestra vida práctica.

En efecto; el Buen Pastor es en toda ocasión un joven be-

(1) Bosio. Roma sott., pag. 453.

lísimo; y el cristiano debe ser siempre joven en el ejercicio de las buenas obras, sin mostrarse jamás cansado: su belleza en este caso viene á ser la perfección en la virtud. El Buen Pastor lleva los cabellos cortos; y el cristiano no debe andar vanamente afectado, ni demasiado compuesto. El Buen Pastor presenta la vista agradable; y la mirada del cristiano debe ser dulce, cariñosa, atractiva. El Buen Pastor lleva corta su túnica, ceñida á la cintura; y el cristiano ha de estar dispuesto para el trabajo y la lucha, ceñiendo su continente con la honestidad. El Buen Pastor lleva desnuda su cabeza; y el cristiano la debe llevar vacía de errores é ilusiones. El Buen Pastor lleva coronada su cabeza con el monograma de Cristo; y en la frente del cristiano ha de resplandecer su profesión religiosa. El Buen Pastor estrecha entre sus brazos y contra su pecho una mansa ovejita; y el cristiano debe ser compasivo y estar lleno de caridad para sentir las desgracias de sus hermanos y remediarlas. El Buen Pastor va armado del bastón pastoril; y el cristiano debe estar preparado para marchar donde lo reclame su deber. El Buen Pastor lleva en la mano un vaso de leche, símbolo del néctar eucarístico; y el cristiano no debe desposeerse jamás del Pan de los ángeles. El Buen Pastor, finalmente, pulsa una flauta de siete tubos; y el cristiano, merced á la santa Eucaristía, que alegra el corazón del hombre, debe elevar al cielo los cantos y las armonías de un corazón agradecido por tanta fineza como Dios le dispensa.

¡Qué analogías! ¡qué vínculos tan fuertes entre el Buen Pastor eucarístico y el cristiano! Es que Jesucristo Sacramentado es su modelo.

8. En Él lo debemos restaurar todo; en primer lugar hemos de restaurar nuestras ideas. Así como el enfermo cuya sangre está llena de principios nocivos, no se descuida en tomar medicamentos que la purifiquen, si pretende gozar completa salud: de la misma manera, los que están enfermos de ideas religiosas, para que gocen de una salud espiritual completa, deben beber dichas ideas en la verdad que predica Jesucristo y no en otra parte. ¿Queréis sa-

ber la verdad, estar en la verdad, practicar la verdad y el bien? Estudiad á Jesucristo Sacramentado y creed lo que Él enseña; no lo dudéis: Él os llevará por camino seguro á un descanso eterno. Las doctrinas de los falsos apóstoles, de aquéllos que no son ministros de Dios, ó que no están aprobados por la Iglesia, ó que estando aprobados por Ella dicen ó enseñan algo contra Dios y sus obras: no los creáis, no los oigáis; pretenden vuestros intereses y valerse de vosotros para el mal; no los creáis, no los sigáis, porque os conducirán al terreno de la amargura, de la desesperación y de la condenación eterna. Creed, seguid á Jesucristo Sacramentado, luz eterna de las almas y verdad infalible latente, que desde la Hostia, cual luminoso faro, muestra al hombre que navega por el proceloso mar de esta vida el seguro puerto del cielo.

9. También restaurar debéis vuestros sentimientos, inspirándoos en los ejemplos y máximas de Jesucristo Sacramentado. Un Dios que, siendo omnipotente y riquísimo baja del cielo, toma carne humana, nace en un establo y vive oculto, siendo la Sabiduría eterna, no puede menos de inspirar sentimientos de humildad. Un Dios á quien todo sobra, pues de nadie tiene falta, que trabaja, suda y se fatiga por el hombre, no puede menos de inspirar amor al trabajo. Un Dios que recibe á los pecadores, conversa con los pobres y dirige su palabra á toda clase de personas, no puede menos de inspirar sentimientos de caridad. Un Dios que, desde la cruz en que inhumanamente le fijaron los mismos á quienes había venido á salvar, perdona de corazón á sus propios enemigos, no puede menos de inspirar sentimientos de compasión hacia los prójimos. Un Dios, feliz en sí mismo, que para nada necesita del hombre y sin embargo comparte su amor con la criatura racional, ocultándose en el Sacramento para convidar con su misericordia al pecador y entregársele en comida, no puede menos de inspirar sentimientos de bondad, de amor al prójimo y de sublime sacrificio. Estos sentimientos y afectos, pues, debemos abrigar todos: sentimientos de humildad, de amor al trabajo, de caridad, de

compasión y de sacrificio para con el prójimo; pero, tenedlo entendido: sólo en Jesucristo Sacramentado podemos inspirarnos en esta clase de sentimientos, no en las máximas de los impíos y del mundo. Los impíos os dirán que es necesario atesorar aunque sea oprimiendo al prójimo; Jesucristo Sacramentado os enseñará á trabajar, pero si adquirís, ha de ser con toda justicia. Los impíos os dirán que el pobre, que el desvalido, que el huérfano y la viuda deben ser socorridos si acaso por el Estado; Jesucristo Sacramentado os enseñará á compadeceros de estos desgraciados, á recibirlos y remediarlos con vuestro dinero y vuestras cosas. Los impíos os dirán que mientras se está en este mundo hay que divertirse y disfrutar de todas las personas y cosas; Jesucristo Sacramentado os enseñará á ser morigerados y parcos y hacer penitencia. Los impíos os dirán que se ha de sobresalir en la sociedad, llevando la soberbia en el rostro y el orgullo en el corazón; Jesucristo Sacramentado os enseñará á considerarnos á nosotros mismos y ver nuestras propias miserias y humillarnos. Los impíos os harán arrastrar una vida, feliz en la apariencia, pero dura y amarga en la realidad; Jesucristo Sacramentado os hará llevadera la vida y la convertirá en dulce y alegre. Los impíos, finalmente, con sus máximas conducen á una condenación y desesperación eterna; Jesucristo Sacramentado con las suyas os conducirá á una vida para siempre bienaventurada. ¿Qué os parece? ¿Cuál de los dos lleva ventaja, los impíos ó Jesucristo Sacramentado...?

10. Y así como proponéis restaurar vuestros sentimientos en Cristo Sacramentado, debéis proponer igualmente reformar vuestras costumbres á imitación del Salvador. Escuchad: no debe haber asunto tan fácil y suave para un cristiano que observar fielmente los mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, y no hay cosa tan dulce y consoladora como el estar persuadido que se han observado. Pues bien; vosotros después del Eterno sabéis mejor que nadie cual es vuestra conducta sobre el particular, que por buena

que se la suponga tiene siempre algo que reformar, porque ciertamente, hermanos, todos pecamos, y en muchas cosas ofendemos á Dios (1), y todos necesitamos de reforma. Reparemos, pues, restauremos nuestras obras en Cristo Sacramentado, imitando su conducta santísima, y sabremos entonces lo que es vivir con tranquilidad, alegría y felicidad verdadera.

Y si el individuo y la familia estas cosas practicasen, la sociedad se compondría de hombres justos y santos. Pero diréis: esto no es posible; y yo os contestaré: si el individuo, la familia y la sociedad en lugar de andar por el camino del mal siguieran á Jesucristo, veríais como era muy posible, aun cuando miserias no faltarían, porque el mundo siempre será enemigo de Dios, que en medio de estas miserias, los que practicasen los mandatos de Dios fuesen felices. Si el individuo, la familia y la sociedad, sobre todo ésta no se reforma, mandándola restaurar los que la dirigen, y reformándose ellos primero, el cataclismo universal será inevitable, y los castigos y la muerte con todos sus negros horrores se cebarán en la sociedad, y, ¡ay de aquél que caiga bajo la terrible segur de la muerte, sin haberse arrepentido de sus pecados!

¶. Vosotros por vuestra parte, hermanos, trabajad por guardar con exactitud los preceptos de Dios y de su Iglesia, base de las más grandes operaciones y de las más santas aspiraciones de un cristiano; y puesto que ninguna obra meritoria de vida eterna podemos ejecutar sin el favor divino, y puesto que para guardar con suma fidelidad los mandatos del Altísimo necesitamos absolutamente de Jesucristo, acudamos al trono eucarístico, donde el Salvador corporalmente reside, y allí encontraremos satisfactoriamente el modelo perfecto, Cristo Sacramentado, de quien debemos copiar nuestra vida individual y social. *Discite a me*; aprended de mí, clama el Salvador por detrás de los velos eucarísticos; deponed el orgullo que os envenena y la soberbia

(1) Jacob. III, 2.

que os ciega, y aprended de mí á ser humildes y mansos de corazón, fundamentos de la virtud cristiana; así hallaréis paz y descanso para vuestras almas en esta vida, y una corona de inmarcesible gloria, premio debido á vuestros méritos en la vida que nunca acaba.